

La caída de Mubarak

Las protestas populares buscan la apertura de regímenes autoritarios enquistados durante décadas. Egipto entró en escena por 18 días tras el cambio abrupto de régimen ocurrido en Túnez. El 10 de febrero cayó Hosni Mubarak. En medio de la euforia popular abandonó el poder que detentaba desde octubre de 1981. Y Egipto, un país de 83 millones de habitantes, quedó enfrentado a una nueva era en su milenaria vida. ¿Qué pasó para que quien se había mantenido en el poder durante casi 30 años (a través de cinco reelecciones sucesivas) no lograra capotear la embestida de un pueblo descontento y con rabia? ¿Para dónde irá Egipto ahora?.

Algo de historia

Egipto ha sido un don del Nilo, en cuyas riberas fértiles se desarrolló una de las principales civilizaciones del mundo. Su historia es una de las más ricas, antiguas y variadas de todos los países del planeta. Sus milenarias pirámides son testigos de su apogeo. Su situación central en el medio Oriente lo coloca todavía hoy en una posición importante, que bascula entre los ricos países árabes y el minúsculo pero desarrollado Israel en su borde. En 1952, una revolución de jóvenes militares destituyó al rey y llevó al gobierno al coronel Gamal Abdel Nasser, quien se convirtió en hombre fuerte y líder del mundo árabe. Lo sucedió Anwar El-Sadat (premio Nobel de la Paz) quien firmó en 1979 con Israel el tratado de paz de Camp David y asesinado en 1981. Hosni Mubarak, quien era su vicepresidente, lo sucedió en el poder hasta ahora.

Salida de la encrucijada

Ante las fuertes manifestaciones en su contra en la plaza Tahrir (de la Libertad), el sábado 29 de enero, Mubarak intentó ganar tiempo y calmar los ánimos. Tuvo que nombrar un vicepresidente por primera vez (Omar Soleiman, su jefe de inteligencia, con buenos nexos con los militares) y cambiar todo su gabinete, tratando de garantizar el respaldo militar y mantener la gobernabilidad. Afirmó que las protestas eran muestra de la apertura democrática del régimen, que él comprendía las preocupaciones de los manifestantes y que estaba del lado del pueblo, pero que “una fina línea divide a la libertad del caos”, y no permitiría que el país fuera desestabilizado. Esta actitud pragmática y cautelosa distinguió las tres décadas de presidencia de Mubarak, durante

las cuales sobrevivió a tres intentos de asesinato, mantuvo la paz con Israel, se ganó la confianza de Estados Unidos y Europa, sorteó un turbulento contexto político generado por dos guerras en Irak y la inestabilidad de la región desde 2003, resolvió varias crisis económicas con desarrollo del país y mantuvo a raya una amenaza terrorista interna como la de la Fraternidad Musulmana. Mubarak pidió a la oposición 6 meses de plazo para dejar la casa en orden antes de retirarse y prometió convocar a elecciones libres presidenciales en septiembre sin permitir que su hijo Gamal, economista, se presentara como candidato. Se parapetó tras dos principios no negociables: la seguridad y la estabilidad, que sonaban bien a parte del país y a las potencias extranjeras. Se le abona el que no ordenó una represión violenta, aunque tenía respaldo del Ejército. Depositó la sucesión del poder en manos de los militares, quienes anunciaron renuncia del gabinete ministerial, cierre del parlamento controlado por el Presidente, congelación de la actual Constitución mientras se tramita una nueva, elecciones presidenciales previstas para septiembre y dar respuesta a las demandas democráticas planteadas por la oposición en las calles y redes sociales. A diferencia del golpe de Nasser en 1952 contra el rey, esta vez no fueron los uniformados quienes forzaron la salida del jefe de gobierno, sino los propios ciudadanos.

El progreso económico genera protestas?

Egipto ha sido un país con un notable record de estabilidad política. En la pasada década estuvo reformando la economía, logrando desmontar las partes más ineficientes de su aparente sistema económico socialista, con innegables éxitos y reformas valientes. Pero el crecimiento disparado estira las cosas y complica el futuro. Deja atrás lo establecido, el orden logrado y produce desigualdades e incertidumbres. También crea nuevas expectativas y demandas. Alexis de Tocqueville observó atinadamente que “el momento más peligroso para un mal gobierno es cuando comienza a reformarse a sí mismo”. Algo que los politólogos denominamos “una revolución de expectativas crecientes”. A las dictaduras se les hace difícil cambiar porque la estructura de poder que ellas montaron no puede responder a las nuevas y dinámicas demandas provenientes del pueblo. Fue lo que ocurrió en Tunez y ahora se repitió en Egipto. Fenómeno que gráficamente resume Simón Alberto Consalvi, avezado analista de El Nacional de Caracas, en su comentario titulado *“Las dificultades de bajarse del tigre”* (febrero 6, 2011). Recomendamos el excelente artículo de Moisés Naim “Cómo muere una dictadura” (El País, Madrid, 12 febrero 2011).

Próxima entrega: lecciones de Egipto.